

VI

Sábado, 8 de octubre, de 188...

Mañana del último día. Una densa niebla gris, desciende sobre Constantinopla, recordando los otoños del norte.

Como ayer, vuelvo a vestirme mi traje turco, para parecerme más a lo que era yo antaño; para ser reconocido más fácilmente, en la región de los muertos que voy a visitar, por no sé qué inciertas emanaciones de las almas que deben mirar a través de sus tumbas. Y, solo, esta vez, camino a caballo, a lo largo de la gran muralla de Estambul, infinitamente solo, bajo este cielo hundido y obscuro; solo en toda la extensión que alcanzo a vislumbrar en medio de estos eriales y de estas arboledas funerarias.

La muralla se prolonga a medida que avanzo, se desarrolla, siempre igual, en las lontananzas de la campiña muerta. Parece como si sostuviese con los millares de puntas de sus almenas, las pesadas nubes rastreas

dispuestas a caer sobre la tierra; y, en esta mañana sin sol, adquiere un triste color sombrío. Resto colosal del pasado, nos achica y nos aplasta, tanto a nosotros como a nuestras cortas existencias; a nuestros sufrimientos de un minuto; a toda la deleznable nada que somos.

Al pasar miro las hondas puertas ogivales por las que nadie sale ni entra; después, cuento con cuidado los enormes torreones cuadrados—hasta el momento en que doy con el altozano que se me indicó ayer, y sobre el cual, entre otras tumbas, está el pequeño remate azul con inscripciones de oro.

Y cuando he reconocido éste perfectamente, ato mi caballo a las ramas de un ciprés, para aproximarme solo, y tenderme en tierra, sobre la tierra tostada, ligeramente rociada por la lluvia, en la que crecen raras plantas mezquinas. Por la orientación del monolito, deduzco la posición del querido cuerpo que está oculto debajo, y después de haber oteado el contorno—a lo lejos, por si hubiese alguien que pudiera verme, me tiendo dulcemente y beso la tierra, sobre el lugar en que debe de hallarse el muerto rostro.

Años ha que he tenido el presentimiento,

mejor dicho: la visión anticipada de cuanto hago ahora. Bajo un cielo caído y sombrío como éste, me he visto volver, con estas ropas de antaño, a tenderme aquí sobre su tumba y a besar su tierra. Y es hoy, ahora, el beso postrero, y, sin embargo, esto mismo, no me parece que sea absoluta realidad. Me dejo distraer aquí mismo, por no sé qué; acaso por la inmensidad del fúnebre decorado; por todo este encanto de desolación, de que se rodea engrandeciéndose a mis ojos irresponsables, la escena de mi visita a esta tumba.

Sin embargo, a medida que los minutos pasan, espantosamente silenciosos, y mientras las pesadas nubes continúan arrastrándose sobre los recios muros sarracenos, voy adquiriendo poco a poco, conciencia de las cosas. Sufro más sencillamente; comprendo de un modo más humano y más doloroso y me fustiga el estremecimiento, el verdadero estremecimiento de infinita tristeza.

Algunos instantes se deslizan aún. Se alza un poco de viento, sembrando sobre este país de muertos gotas de lluvia flagelante.

Nuestra larga entrevista muda, cruza trases diferentes que parecen acercarnos más y más el uno al otro. Ahora estoy dominado

por completo, por la impresión de que nuestros cuerpos se han reunido nuevamente—después de haber estado tan separados por los años, por la distancia, por las correrías a través del mundo y por el indescifrable misterio que envolvía para mí el destino de ella. — Ahora siento que ambos estamos aquí, próximos, separados solamente por un poco de tierra, en la que la han acostado sin ataúd. Y amo tiernamente estos despojos—*que en este momento me hacen el efecto de serlo todo.*—Quisiera verlos, tocarlos, llevarmelos... Nada de cuanto haya sido Aziyadé podría causarme espanto ni horror...

Las nubes grises se arrastran con franjas más sombrías que, al pasar, derraman la lluvia sobre la melancólica campiña y sobre la muralla inmensa.

Ahora la imagen de Aziyadé está ante mí, casi viviente, evocada, sin duda, por la proximidad de sus despojos, en los que ha debido quedar, flotando, algo como una esencia de ella misma... ¡Oh!, mas viva, de pronto, tan viva como jamás había yo vuelto a encontrarla, desde la tarde de la separación. Veo de nuevo, claro como nunca, su sonrisa, su profunda mirada sobre la mía; su mirada de los días últimos; oigo su voz, sus breves inflexiones acostumbra-

das, confiantes, infantiles. Hallo de nuevo todas las íntimas e incoercibles cositas suyas que yo he adorado con ternura infinita. Y ahora, nada existe ya; ni el gran decorado, ni el extraño ambiente; no queda nada más que ella misma...—y todas mis cambiantes impresiones se debilitan, se funden en algo infinitamente dulce—y lloro con cálidas lágrimas; como ya tenía deseos de llorar.

Desde este instante me forjo la ilusión deliciosa de creer que ella sabe que he vuelto aquí; y que lo ha comprendido todo. Llega a mí la noción furtiva, inexplicable, pero íntimamente sentida de una alma persistente y presente. Y ahora, la amargura de los remordimientos que se adherían a su recuerdo, ha desaparecido, sin duda, para siempre jamás.

Me levanto apaciguado, con una muy diferente tristeza. De pronto, hasta su propio destino me parece menos sombrío. Ella se fué en plena juventud, no habiendo tenido más que este sólo sueño de amor—¡y beso como el que yo he venido a dar a su tumba, nadie, seguramente, vendrá a depositarlo en la mía!...

Al pie de la estela de mármol, de entre las hierbecitas que allí brotan, escojo una de las más frescas, que llevo conmigo; después, beso su nombre escrito en relieve, sobre el mármol, recubierto de oro apagado, y monto, de nuevo, a caballo, volviéndome de lejos, para verla una vez más en medio de la soledad en que huye, hasta perderse de vista, la alta muralla de Estambul...

VII

Por la tarde, apoyado en la popa del vapor que me conduce, miro cual diez años ha, cómo Constantinopla se aleja. Después cae el crepúsculo como un gran velo arrojado sobre todo; y al salir del Bósforo, en el Mar Negro la noche nos envuelve ya.

Todo se apacigua en mí; se apacigua más y más; todo se aleja, cayendo de nuevo en un lejano ya borroso.

VIII

Enero, 1892.

En los días de mi infancia, recuerdo haber leído la historia de un fantasma que venía tímidamente durante la noche, haciendo señas con las manos, a comunicarse

con los vivos. Y estuvo viniendo de este modo, durante varios años; hasta el momento en que uno, habiendo osado seguirlo, comprendió lo que deseaba, y satisfizo sus anhelos.

Pues bien. Este sueño angustioso que durante tantos años me había perseguido; esta pesadilla de mi regreso a Constantinopla—siempre dificultada y no llevada a término jamás—este sueño, no volvió a mortificarme desde que realicé esta peregrinación... Y, en cuanto a Oriente se refiere, todo se ha apaciguado en mi recuerdo, con los años que han ido sucediéndose...

Esta obsesión era, sin duda, la llamada del querido fantasma de allá, que ha oído, y que ya no se renueva...

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO